

Este Anuario es el número diez. Llevamos diez años publicando el *Anuario de Movimiento Sociales* y resulta obligado hacer un balance aunque sea breve, sobre el Anuario y sobre sus lectores.

La verdad, creemos que hemos hecho un buen trabajo. Hemos combinado dos miradas sobre los movimientos. Relatar su práctica, lo que han hecho y como lo han hecho. Y profundizar, con un enfoque más reflexivo, sobre determinadas estrategias y contextos, que orientan, o que al menos deberían orientar, la acción colectiva de los movimientos.

Por un lado, cada año hemos incorporado una visión de conjunto sobre los diversos movimientos. El movimiento obrero-sindical, el feminista, el pacifista-antiguerra, el vecinal, el ecologista, el de solidaridad internacional, el antirracista y el movimiento antiglobalización. Eventualmente hemos reparado también en los movimientos nacionalistas, y en este Anuario en concreto, introducimos el movimiento estudiantil.

Además en cada Anuario hemos seleccionado algunas concretas experiencias de movimientos. Seguro que no hemos dado cobertura a algunas muy relevantes, pero sí creemos que las incorporadas han sido muy significativas

Siguiendo con el repaso, y desde la otra mirada, también nos parece que ha sido adecuada la selección de contextos, discursos y estrategias que configuran los movimientos (o que deberían configurarlos). Así, los retos de futuro, los nuevos escenarios de conflicto, los impactos políticos, la movilización en el espacio público, la dimensión de género, la participación, la ciudad como territorio de nuevos conflictos, etc. Los artículos de fondo que sobre estos aspectos han marcado cada Anuario han sido precedidos, a partir del quinto anuario, por un debate sobre cada cuestión escogida como eje del mismo. Pensamos que estos debates han dado buenas pistas para posteriores reflexiones. Aunque el resto del Anuario no hubiese merecido la pena (no es verdad, sí ha merecido la pena), desde luego lo que sí nos mereció la pena fue la realización de esos debates. Los hemos disfrutado mucho.

Ahora viene la segunda parte. La de nuestros lectores. En qué medida este Anuario ha sido útil para aquellos a quienes iba destinado prioritariamente. A los activistas, militantes o simplemente participantes en los movimientos sociales; y también a los estudiosos de los movimientos sociales. En esta parte tenemos más dudas sobre nuestro éxito. No estamos muy

seguros que nuestros Anuarios hayan llegado a todos aquellos que «objetivamente» deberían haber estado interesados en su lectura. Sin embargo no creemos que tal insuficiencia se deba a problemas de inadecuada distribución. Quizás haya que buscar esta relativa escasez en la predisposición de nuestros lectores. Lo que nos lleva a preguntarnos en qué medida la situación de hecho de los movimientos sociales no propicia el estudio sobre su propio quehacer y especialmente sobre sus grandes objetivos. Dicho de otra forma, preguntarnos en qué medida los retos diarios, las permanentes y cotidianas exigencias de dar respuesta a las omnipresentes agresiones sociales y políticas, impiden dedicar tiempos a estas tareas más reflexivas, a quienes militan en los movimientos. Estas preguntas inevitablemente nos llevan a evaluar a los movimientos sociales ¿Cuál es hoy su fortaleza? ¿Cómo responden a los grandes retos que se les plantean? ¿Están introduciendo en sus movilizaciones nuevas estrategias y reivindicaciones?

Se supone que a lo largo de todos nuestros Anuarios hemos intentado responder a estas preguntas. Pero también puede resultar oportuno —el aniversario de los diez años lo exige— hacer una consideración de conjunto, aunque sea mínima.

Parecería que la dinámica dominante de los movimientos sigue siendo reactiva. Los movimientos responden, se movilizan, *sobre todo* frente a las agresiones, muy evidentes, muy insoportables. Así por ejemplo el movimiento obrero frente a la brutal crisis de empleo; el movimiento ecologista frente las desbocadas urbanizaciones costeras; el movimiento antirracista frente a las nuevas leyes restrictivas de emigración; el movimiento antiguerra frente a la terribles violencias de los estados (léase Gaza); el movimiento feminista frente a la violencia machista; el movimiento urbano frente a una ciudad diseñada por el capitalismo más especulativo y salvaje; etc. Parecería que nos hallamos en un ciclo defensivo, en el que los movimientos no presentan un excesivo protagonismo, en el que no asumen una posición proactiva, de liderazgo, en la denuncia y movilización en favor de cambios en las estructuras de fondo y en los contextos que generan esas intolerables agresiones.

Sin embargo, pudiera ser que esta posición defensiva presentase algunas excepciones. Resulta interesante observar en este sentido cómo el movimiento ecologista está reflexionado —y haciendo propuestas al respecto— sobre la cuestión del decrecimiento. Volveremos luego sobre este punto, por ahora señalar que tal exigencia supone asumir un intento de solución del fondo, del corazón, de la crisis medioambiental. También la respuesta feminista presenta en alguna de sus manifestaciones, este rasgo de profundidad reflexiva. Como literalmente dice al artículo dedicado al movimiento feminista «la existencia y la reivindicación activa de cuerpos e identidades más allá de aquello que se considera claramente hombre o mujer ataca frontalmente los fundamentos identitarios del sistema relacional heteropatriarcal».

Y especialmente debemos destacar las rupturas de esas identidades y prácticas defensivas, provenientes del movimiento antiglobalización. Su discurso antiglobal

propone marcos de interpretación alternativos y cuestiona las estrategias centrales de Sistema; en el trabajo, en la guerra, en la concepción de la ciudad, en la producción agrícola, etc. Y sobre todo cómo esos cuestionamientos y alternativas se han introducido en otros movimientos, en otros colectivos y en otras movilizaciones. Como dicen, no sin cierta ironía, los autores del texto sobre movimiento antiglobalización, «el movimiento antiglobalización muere como actor, pero goza de muy buena salud». Así este fenómeno de transversalidad está dando más densidad reivindicativa, y más liderazgo proactivo al conjunto de los movimientos.

El saldo final no debería ser pues excesivamente restrictivo. Aunque desde una posición dominante básicamente defensiva, los movimientos apuntan discursos y reivindicaciones decididamente globales, exigencias que cuestionan los pilares del Sistema. En consecuencia podríamos encontrarnos en el inicio de un nuevo ciclo en el que adquiriesen más interés las reflexiones y los análisis que aportamos en nuestros textos. Lo cual es una buena noticia para el Anuario. Y es una excelente noticia para los movimientos sociales.

En esta onda de hacer balance general también resultaba acertado reflexionar sobre una cuestión central. La crisis. En esta línea se orienta el debate introductorio y los artículos de fondo de la primera parte del Anuario. Pero hemos querido ir más allá del análisis de la crisis de los recursos energéticos y para ello en este anuario publicamos un anexo que ofrece una visión integrada de las crisis, una reflexión que nos conduce a la crisis sistémica, a la crisis de supervivencia como género humano.

La que tenemos delante, ¿es una sola crisis, o se trata de siete crisis distintas (financiera, económica, energética, alimentaria, climática, ecológica y del cuidado de la vida humana)? ¿O quizás sólo dos (económico-financiera y energético-am-biental)? ¿Por qué casi nadie habla aún de una crisis general? La sombra alargada de la quiebra de aquel mal llamado «socialismo real» aún oscurece el bajo nivel de nuestro «principio de esperanza» en *otro mundo posible*. La vieja izquierda política y social mundial está muy tocada, su silencio es elocuente. Eso constituye un dato más de la situación, y es importante porque el resultado no dependerá sólo de la evolución de las situaciones, sino también —y mucho— de cómo lo hagan las experiencias de la gente, es decir sus percepciones y actitudes ante aquellas situaciones. Pero a la vez esas crisis abren nuevas oportunidades para que todas las izquierdas sociales y políticas, viejas y nuevas, urbanas y campesinas, del Norte y el Sur, superen la desorientación, la desunión y las actitudes defensivas o reactivas que tanto han proliferado en los últimos tiempos por la pérdida del sentido de la propia tarea, uniendo otra vez sus esfuerzos para

sostener nuevas luchas y abordar proyectos comunes orientados a superar el capitalismo «realmente existente».

Ese es el diagnóstico y a él debemos responder. Con este reto de fondo, analizamos las propuestas del decrecimiento. Como se dice en uno de los textos «el decrecimiento no inventa nada nuevo, o casi. Su principal aportación consiste en alertar que es inevitable la transición hacia un escenario muy diferente del actual,

que nos obligará a redefinir formas de vida colectiva a partir de la aceptación de los límites, según el principio de sobriedad y suficiencia». Y por otro lado el movimiento, el ideario, del decrecimiento, en esa radicalización transversal que antes apuntábamos, inicia su aparición en el conjunto de los movimientos sociales. Así «el aspecto relevante no es tanto, a nuestro entender, el surgir de un movimiento específico para el decrecimiento —que también—, como la capacidad de su ideario para crear un espacio de confianza entre las distintas tradiciones y experiencias de los movimientos sociales anteriores. El decrecimiento ofrece un marco conceptual integrador, cuya fuerza se debe, en gran medida, a la dinámica de los hechos, y se alimenta de las debilidades del sistema, cada día más evidentes».

Para acabar esta presentación del décimo anuario de movimientos sociales, queremos tener un recuerdo especial para nuestra colaboradora y amiga Anna Bosch que murió el cinco de enero de este año. Anna era una mujer que combinaba la capacidad de análisis de las situaciones con la energía organizativa y la creatividad propositiva. Cultivaba la reflexión participando en espacios de encuentro y volcándola en la escritura. Generosa con su tiempo, buena comunicadora y entusiasta de los proyectos colectivos, estaba siempre dispuesta a propiciar charlas y debates. Su pasión por comprender el mundo y su deseo de intervenir para hacer crecer todo aquello que pudiera mejorar la vida de las personas, la llevó a participar a lo largo de su recorrido de vida en diversos movimientos sociales. Fue dirigente del movimiento obrero durante la dictadura, primera alcaldesa democrática de Mollet del Vallès, fundadora de Acció Ecologista y del grupo ecofeminista Les Petras, impulsora y colaboradora de innumerables grupos feministas, ecologistas, pacifistas y de iniciativas ciudadanas hasta el último momento. Su colaboración en el anuario dio lugar a diversos textos de reflexión sobre experiencias relacionadas con el ecologismo y el feminismo. Participó, por otra parte, en la mayoría de los debates organizados para publicar en el anuario, a los que aportaba puntos de vista propios conectados con la riqueza de su experiencia y reflexión.

Anna, te vamos a echar mucho de menos.